



CREADA antes que concebida en tu madre, milagrosamente niña y madre al mismo tiempo en el milagro de las niñas y en el milagro del tiempo sin tiempo, desde la eternidad dibujaste con las palabras de tu propia boca aquel retrato tuyo que el Sabio Rey—taquígrafo divino—conservara en su *Libro de la Sabiduría*: «El Señor me poseyó en el principio de sus obras desde el comienzo, antes que crease cosa alguna. Desde la eternidad fui predestinada, y desde antiguo, antes que la Tierra fuese hecha. Aun no existían los abismos, y ya estaba yo concebida en el plan divino; aun no habían brotado las fuentes de las aguas; aun no estaban asentados los montes sobre su pesada mole; aun no había collados, cuando yo había ya nacido: aun no había hecho El la tierra, ni los ríos, ni los polos de la redonda Tierra. Cuando El preparaba los cielos, estaba yo presente; cuando con ley cierta ponía dique a los abismos con ley y términos fijos; cuando afirmaba en lo alto la región etérea y domaba las fuentes de las aguas; cuando circunscribía al mar en su término y ponía ley a las aguas para no traspasar sus límites; cuando asentaba los cimientos de la Tierra, con El estaba yo concertándolo todo, y me deleitaba cada día jugando en su presencia en todo tiempo, jugando en el globo de la Tierra, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos, oídme: dichoso el hombre que me oye y vela a mis puertas y está de acecho en los postigos de mi puerta».

Jugando, iluminaste, niña, el mundo que Dios cercaría para nosotros; jugando, preparaste, madre, para la primera pareja su paraíso en miniatura y les pusiste casa de recién casados y les bordaste cobertores de flores con una *A* y una *E*. Jugando, condujiste a su cubil a los animales y les enseñaste a caminar ordenadamente por sus senderos y los amañaste para que sirvieran al hombre y para que jugaran con sus hijos. Jugando, asististe al nacimiento de Adán y lo compadeciste en su soledad y velaste su sueño y

te adelantaste a recibir a Eva saludándola quizá con el Ave de la salutación angélica.

Jugabas, y, niña y ya Dolorosa, lloraste sobre el primer pecado de tus hijos que te costaría tu Hijo. Y en el cristal de tus lágrimas la luz de nuestra esperanza — la luz de tu propia esperanza — te cantaba ya corredentora.

Camina que te camina, con el ángel de la espada de fuego acompañaste a tus hijos hasta las puertas del primer destierro, y tu talón rosado era el calcañar que aplastaría la cabeza de la serpiente.

Jugando, suscitaste sobre la Tierra la muchedumbre de las hadas, y las pusiste una estrella en cada frente y una varita mágica—una batuta de gracia—en cada diestra. Jugando, poblaste el mundo de caballeros que combatían contra los verdes dragones del desquite diabólico, y tendiste las noches sobre las florestas y las tachonaste de estrellas y encendiste lunas para los claros de luna; y entre lobos y Caperucitas Rojas y campanadas de las doce y Cenicientas triunfantes, fuiste el hada madrina de toda poesía, el regocijo de toda esperanza.

Por ti empezamos a esperar a Quien no conocíamos. Por ti, que, confesándote esclava, exclamaste: «Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones». Por ti, que, paso a paso, riesgo a riesgo, como la estrella conducía a los Magos de Oriente, guiaste nuestros rumbos hacia el Mare Nostrum para que aguardáramos desde sus balcones el cumplimiento de la Promesa todavía ignorada. Musas y ángeles sobrevolaban nuestros sueños, y tú, Reina de los ángeles y de las musas, eras ya entre nosotros una desconocida presencia. No te llamábamos bienaventurada porque nadie nos había enseñado a llamarla María, pero nuestros labios ya empezaban a deletrear en el aire tu nombre: como a caza

POR IGNACIO B.

ANZOATEGUI

de tu nombre andaban ya en el aire... No éramos aún los elegidos. Carecíamos de la cotidiana preferencia personal del Altísimo; pero tus musas y tus ángeles soplaban sobre nosotros proponiéndonos enigmas y ejercitándonos en el santo ejercicio de la poesía reveladora; musas y ángeles que para nosotros inventaron el mito de Danae fecundada por una lluvia de oro, preparándonos para el primero y más poético de los misterios cristianos: el del nacimiento del Salvador, hijo de una Virgen fecundada por el Espíritu Santo en el dorado prodigio de la Anunciación.

Hacia ti salía disparado ya Gabriel de la mente divina, y, frenando su vuelo ante tu presencia, te decía: «Ave gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus»; y, turbándote, escuchabas sobre un fondo de violines y de acacias: «Ne timeas, María», y una tras otra las palabras del misterio se desgranaban sobre tu pureza. «Ecce ancilla Domini—baluceaste apenas, como saliendo de un sueño, como entrando a un sueño—; fiat mihi secundum verbum tuum».

Niña y ya Dolorosa, desde la concepción viviste la Pasión del Hijo que en tus entrañas callaba su secreto de Crucificado. Tus pies se dirigían a quebrantar la cabeza de la serpiente, pero ¡cómo sonaban tus talones a camino del Calvario! José claveteaba las tablas de la cuna de Emmanuel, pero ¡cómo sonaban sus martillazos a golpes de verdugo!

Reina de las musas y de los ángeles, fuiste la más humilde Madre del más humilde Hijo. Tú, que cuando Dios asentaba los cimientos de la Tierra con El estabas concertándolo todo; tú, que te deleitabas cada día jugando en su presencia en todo tiempo, jugando en el globo de la Tierra; tú, la poesía hecha niña y madre y hecha novia y reina; tú—que estabas exenta de pecado y de castigo—aun antes de la Pasión cargaste con el peso de nuestro castigo,

como para aliviar la carga de Nuestro Redentor. Niña, ofreciste tu corazón a los siete puñales de los Siete Dolores; madre, entregaste tu Hijo a la ignominia de la Crucifixión; novia, enviudó tu amor callando; reina, tu reino fué la desamparada angustia de nuestra deslealtad.

¡Qué sola estás, María! ¡Qué sola, Madre de Dios, en tu noche triunfal; en la noche de los coros que cantan la gloria de Dios! ¡Qué sola bajo la música de las estrellas que proclaman la plenitud de los tiempos! ¡Cómo te duele nuestro júbilo, el júbilo de nuestras voces que clamarán mañana: «¡A Barrabás! ¡A Barrabás!»! ¡Qué sola estás entre los villancicos de los pastores, de los pastores que despertaron en el azorado silencio del ruseñor! ¡Qué sola estás, María, entre nosotros! ¡Qué sola en nuestra noche y en tu noche!

En una noche como ésta, rumorosa de estrellas, velando a tus puertas, de acecho en los postigos de tu puerta, escribí para tu soledad este soneto con tu flor:

Su embajada de amor dice la rosa  
Para anunciar el nombre de María,  
Y por el aire de la profecía  
Cruza el juguete de la mariposa.

Es la luz de la boca que se posa  
Sobre la rosa de la letanía,  
Y es la alegría del Avemaría  
De la mañana misericordiosa.

Es la alegría de llorar con Ella  
Su llanto claro en la temida suerte  
Frente al milagro de la misma estrella,

Y es la esperanza de perder la vida  
Para entrar por el bosque de la muerte  
Con su rosa en la mano renacida.